

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín.
Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso,
Buenos Aires, Colihue, 1998.

En los últimos tiempos, una verdadera avalancha de obras relacionadas con el pasado reciente se ha precipitado sobre los lectores. Trabajos que provienen del periodismo, la ciencia política, la sociología y la historia (o con distintos grados de hibridación entre esos campos) se han ocupado de los dramáticos años '70 en nuestro país con distinta suerte en los resultados y en las ventas. La abundancia y heterogeneidad de esos textos son un indicio del creciente interés que esta etapa —por tanto tiempo evitada— ha despertado en un público que el éxito de *El presidente que no fue* o de los tres tomos de *La voluntad* permite calificar como numeroso. En este panorama editorial, *Decíamos ayer* resulta un libro sumamente interesante desde varios puntos de vista.

En primer lugar, debe decirse que el núcleo de esta obra es una recopilación amplia y significativa de documentación periodística sobre la etapa que va de la antesala del golpe militar de 1976 hasta la recuperación de la democracia a fines de 1983. Para darle sentido, los autores organizan la selección según un formato fijo asignado a las hojas que integran el trabajo. Se destinan los frentes de página a la reproducción de unas trescientas tapas de publicaciones a través de las cuales se va describiendo la evolución del go-

bierno militar y de la sociedad argentina. Los reversos están dedicados a la transcripción (unas veces total, otras parcial) de artículos y datos que permiten entender el espíritu de la época. También se incorporan breves columnas en el margen izquierdo con expresiones de personajes representativos o datos significativos sobre el momento que se trata y, al pie, una breve cronología que incluye hechos de diversa naturaleza que permiten completar el panorama. Todo este material está agrupado a su vez en secciones que dividen cronológicamente a la dictadura en cinco subperíodos: “El incendio y las vísperas”; “Los años de hielo”; “Mundial, derechos y humanos”; “De aquí a la eternidad” y “Malvinas: la retirada”.

Esta simple enumeración permite apreciar en parte el interés del libro. Pero es el extenso artículo de Luis Blaustein que inicia la obra el que enriquece notablemente el análisis. Blaustein, un licenciado en comunicación, novelista y periodista que ha desarrollado una destacada trayectoria (entre otros medios) en *Página 12*, amplía notablemente el panorama al describir aspectos de la historia de la dictadura y examinar la actitud de los distintos medios gráficos durante esos años, considerándolos como actores centrales de aquella época.

Sin el afán de hacer prontuarios, el autor se refiere especialmente al comportamiento de los grandes diarios. Así, en agudos y breves párrafos, describe las particularidades discursivas de los distintos medios a pesar de un tono dominante de uniformidad (“los diarios han pasado a transmitir en cadena”, dice por entonces Rodolfo Terragno). En los primeros tiempos del Proceso, el diario *Clarín* transcribía los boletines sin agregar ningún comentario al respecto (por ejemplo, se limitaba a consignar “El comando de la Zona I en un comunicado dice”, seguido por la simple reproducción del boletín proporcionado por los militares), técnica que utilizó invariablemente hasta el lento descongelamiento que comienza luego del mundial de fútbol. Esta actitud se complementaba sin embargo con una crítica frontal a la política económica. Acerca de *La Nación*, señala su importancia como medio (para Blaustein, en la época el diario de los Mitre era la opinión pública si consideramos el corte social, económico y cultural de sus lectores habituales) y subraya el acompañamiento del matutino a la filosofía de Martínez de Hoz junto a su silencio acerca de la represión, que sólo se quebraba cuando alguna de las víctimas provenía de su entorno. En esta actitud, dice Blaustein, no fue ajena la participación del diario en la propiedad de Papel Prensa, a la que accede durante la dictadura. En *La Razón* señala su particular forma de tratar las noticias donde la información y la opinión se mezclaban deliberadamente, en un discurs-

so totalitario que resultaba de la particular co-dirección del vespertino, compartida desde antes del golpe por Félix Laíño y los servicios de inteligencia del Ejército.

En el caso de *La Opinión*, el gran diario de la época, se verifica hasta el arresto de Timerman una actitud paradójica. Mientras se defendía por una parte al Proceso y se buscaba con empeño supuestos sectores moderados dentro de los militares que lo dirigían (Videla era defendido en sus páginas por considerárselo dentro de esa corriente), se criticaban a la vez los atropellos a los derechos humanos y se daba espacio a las cuestiones sindicales, problemas casi borrados en los demás medios. En la defensa de los derechos humanos se mantuvo aún con más vigor el *Buenos Aires Herald* que era, a la vez, el más fiel defensor de la política económica oficial.

En suma, un panorama de paradojas y de actitudes que iban de la cautelosa honestidad en condiciones sumamente difíciles (como el caso de Robert Cox o Manfred Schönfeld) al más crudo oportunismo.

A lo largo de este ensayo se señalan algunas características de la información de la época, como la falta de datos políticos que eran reemplazados por los innumerables y vacíos actos castrenses, donde los militares cumplían con la función de hablar sin referirse a nada concreto (un ejemplo expresivo es la “noticia” con foto aparecida en el diario *La Prensa* del 2/5/78: “Celebró en Campo de Mayo el día del Servicio de Oficinistas del Ejército”); la particular retórica del po-

der (el supuestamente moderado presidente Videla dice, por ejemplo, que sobre la dictadura militar “habrá tres niveles a recorrer por parte de la población: comprensión, adhesión y participación ...hasta que no seamos necesarios en el gobierno”); lo que el autor llama “la estrategia del casi casi” (la “guerra contra la subversión” era a la vez un asunto lejano y omnipresente que siempre se estaba a punto de ganar sin lograrlo nunca en forma definitiva); las operaciones ideológicas sobre un mismo tema dirigidas a distintos sectores de público (las burdas argumentaciones de Renée Salas y las refinadas de Mariano Grondona para demostrar que el Nobel otorgado a Pérez Esquivel era un “premio al enemigo”)...

Entre otras muchas interesantes y polémicas reflexiones, Blaustein plantea la inconveniencia de la actual sobrevaloración de los medios de comunicación (que no han hecho ninguna autocrítica sobre su proceder en los años de plomo) que han pasado a ser considerados por muchos como reemplazantes de las instituciones que deberían amparar a los ciudadanos defendiendo sus derechos.

Las reglas del mercado, la subordinación al interés de lucro, el excesivo ruido comunicacional, la simple incapacidad, las históricas inercias hacia la banalización y la mediocridad, contaminan la pureza de esa idea, afirma (P. 57).

El libro reúne también una serie de artí-

culos escritos especialmente para ser incluidos en él, donde se tratan, entre otras cuestiones, algunos fenómenos periodísticos de la época de la dictadura militar como *Convicción* (el diario lanzado para apuntalar la carrera política de Massera), *Ámbito Financiero* (un fenómeno editorial sólo comprensible en el ambiente creado por la política de Martínez de Hoz) y la revista *Humor* (convertida en el centro de la resistencia cultural). En la sección de Anexos se destacan los textos de los periodistas desaparecidos (es muy interesante releer las notables crónicas de Enrique Raab para ver cómo hablando de espectáculos se puede hablar también de política) y los panoramas de la actualidad que Mariano Grondona publicaba en *El Cronista Comercial* con el seudónimo de Guicciardini. En estos artículos poco conocidos, Grondona hace una descarnada defensa de la dictadura con el mismo racionalismo didáctico con el que hoy defiende el juego democrático.

El resultado es un libro fascinante e incómodo. Quienes éramos adultos en esa época nos encontramos nuevamente con los diarios agrisados que acompañaban nuestra vida cotidiana, con su pobre dialéctica y con las segundas lecturas con las que pretendíamos lograr más información de esos textos escuálidos y tendenciosos.

Pero junto con este interés primordial, nuestra condición de docentes puede hallarle a la obra un atractivo adicional. En los contenidos básicos del EGB3 y —especialmente—

en la Educación Polimodal que ya se ha comenzado a implementar en las provincias de Córdoba y Buenos Aires, la historia reciente tiene una presencia relevante en la currícula. Si bien antes de la reforma estos contenidos no estaban totalmente ausentes de la enseñanza, se restringían a poco más que a sobrevolar rápidamente algunos pocos acontecimientos de las últimas décadas de nuestro pasado y, a medida que se le comenzaban a pisar los talones al presente, se limitaba el *racconto* a una enumeración aséptica de presidentes. Por otra parte, el hecho de que estos temas estuvieran ubicados al final del año facilitaba las maniobras elusivas y permitía que las más de las veces ni siquiera esos modestos propósitos se cumplieran. Ahora, lo que era marginal se traslada al centro y con ello es necesario encarar los problemas de enfoque y bibliografía para tratar esos acontecimientos, aún abiertos en nuestra memoria.

En *Declamamos ayer*, los profesores pueden encontrar elementos de interés para utilizar en el aula. En algunos casos, por la posibilidad de seleccionar fuentes para tratar temas que podrían ser especialmente atractivos para los estudiantes (acerca de las relaciones entre fútbol y política —por ejemplo— hay materiales más que suficientes), pero sobre todo porque aunque la obra no fue escrita con ese propósito, su uso escolar puede ser muy provechoso con la necesaria mediación del criterio del docente. Utilizar las fuentes periodísticas, tan poco frecuentadas en la es-

cuela, y analizarlas con el objeto de obtener lectores atentos y de promover la formación de una conciencia histórica crítica entre los alumnos no sería un logro menor para la educación polimodal.

Gonzalo de Amézola

Universidad Nacional de La Plata